

EL ALCÁZAR

Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

EDICIÓN DE PROVINCIAS

Juan Labrador, 6, oral. - VOLEDO - Teléfono 1489

Año II

Viernes 24 de Septiembre de 1937

Núm. 369

EL ALCÁZAR

es el diario de mayor tirada y circulación de la zona liberada del centro de España.

PUEDE USTED LEER:

En tercera página,

Chautemps rechaza enérgicamente unas declaraciones de Largo Caballero.

En sexta página,

Inglaterra dispuesta a conceder colonias a Alemania?

Los mineros asturianos han evacuado la población de Onís

En el frente leonés se rechazaron los ataques enemigos y su ocupó Gellno, alturas de Tabanedo, Robillazo, Peña Galicia y el Brusco

En Nava del Marqués se tomó al enemigo la posición del Carrillo
Una infiltración roja en Sabiñanigo fué rechazada

Valor y heroísmo de los soldados del frente aragonés

Zaragoza 23.—(Información especial para EL ALCÁZAR por Fernando ORS).—La vega lujuriosa y codiciada del Ebro que se extiende a las márgenes del río fecundo, como un topacio maravilloso que le arrancó el brillo y la serenidad de sus aguas, queda cortada como un cuadro de film pacho cuando abandonamos la ondulante suavidad de la carretera general, para engranar con la guijarrosa, señalada por una flecha con dirección a Belchite. A la izquierda queda el indicador con la ruta a Castellón, promesa del mañana. Nosotros buscamos el presente, la impresión del momento, la acción revuelta o anónima del día.

Los minaretes del Pilar se enfundan todavía en el pereoso despertar de la mañana. Soldados soñolientos con el cansancio deseado de una noche en la ciudad, detienen los coches y los camionetas para rogar un sitio si el camino que si guen acorta la distancia del de su destino. Los transportes militares piden paso, presurosos, con sus jaulas que nunca agotan la capacidad para el retardado que reclama el favor de presentarse a la hora convenida ante sus jefes. Los carros, con sus bardas bien colmadas, se apartan cachazudos y sin prisas

porque su carga es de la que se hacen esperar. Soldados, labradores con sus borriquillos que dirigen al mercado, macizas «romanas» disfrazadas con faldas, pues de esa manera se podrían confundir, con los brazos extendidos, por la carga que soportan, animan la carretera que con sus ojos espantados interrogan los acompañados bueyes que tiran con las carretas, sin que su caminar se altere por el febril acompañamiento que impuso la guerra. El burgo queda a retaguardia. La visión cambia por completo. El oasis cede al desierto. El verde océano de la abundancia quedó sepultado por las olas terrosas de este nuevo paisaje, seco, árido, con sus matos de tomillo abrasados por el sol y el polvo que se levanta de los caminos como borrascosas nubes tan pronto como los zapatonas de las camionetas les aplastan en la peña diaria.

Un cordón de soldados señala con sus fusiles en alto que desde aquel momento hay que abandonar la carretera porque en el sitio de su guardia empieza el peligro. Hay que abandonar el coche porque su carrocería rasante tropezaría en los escalones de los caminos que hay que recorrer, atravesando los enor-



El embajador de España en Alemania, señor Marqués de Magaz, pasando revista en Berlín a las fuerzas que le rindieron honores al ir a depositar una corona en la tumba del soldado desconocido.

mes eriales de zarzas y piedras que hay que recorrer hasta llegar a las posiciones avanzadas en las que nuestros soldados, legionarios, regulares, falangistas, todos con igual valor, desafiaron y vencieron a las milicias rojas que irrumpieron por las crestas vecinas pensando poseer Zaragoza. La camioneta en la que hacemos el viaje se pierde en un laberinto de caminos y vicuets trazados por el rodar constante del tren de abastecimiento. Durante el día, es posible orientarse, después de haber hecho varias veces ese recorrido. Por la noche es expuesto intentarlo, porque, a pesar de la vigilancia que se ejerce, no es difícil aceptar una ruta equivocada a cuyo final se encuentre al enemigo. A la vista tengo una flamante camioneta que los regulares detuvieron cuando su conductor, inconsciente, puso proa a nuestras avanzadillas...

La excursión hasta llegar a nuestras posiciones es corta, pero molesta y pesada. La camioneta tiene que detenerse o aminorar la marcha cada cuatro o cinco metros, para salvar los cortes naturales que se presentan: las piedras, que son obstáculos siempre inmediatos, el desnivel del terreno, y, sobre todo, los huracanes de tierra que arrancan los vehículos que se nos adelantaron. Las ropas están blancas. Los labios, resecos. Los ojos se irritan, atacados por los millones de moléculas que no encuentran tope en el parabris, que no se puede ajustar, con parte del cristal roto y con las ventanillas aireadas, porque las dos carecen de su tabique transparente. Hasta que se llegue a los puestos protegidos por nuestros soldados, no habrá manera de encontrar agua. En esta inmensa parmera no se ofrece ni una sola gota. Los muchachos que de trecho en trecho unen la vigilancia, aprovechan el escaso caudal de sus cantimploras para sus necesidades de aseo, que no es un lujo que se puedan facilitar todos los días, porque las barricas hay que transportarlas a diario y se necesitan muchas para los miles de hombres que tenemos distribuidos en este sector. Enormes tanques, con destino especial para ese servicio, aseguran, estratégicamente situados, la distribu-

ción del líquido. Luchando con estas dificultades, se concibe el suplicio que pasaron nuestros soldados cuando, en la pelea con los rojos, que se encandía por la mañana para no apagarse hasta la madrugada, tenían que aplicar sus bocas sedientas a las culatas de los fusiles, para extraer el jugo ardiente, que era con lo único que podían aliviarse.

Aquellas horas, me dice quien tomó parte activa para vencerlas, fueron horribles. Esta tierra que usted pisa era un horno en ascuas. El polvo se había convertido en ceniza ardiente. La misérrima vegetación que por aquí crece era leña encendida. El sol se derretía y parecía líquido que cegaba los ojos y quemaba a los hombres más duros, heridos en la sangre por cuyos venas daba la sensación de que iba a reventar. Agotados por la lucha contra un enemigo quince o veinte veces superior; extenuados por la sed, devorados por la fiebre clamaban por una gota de agua que no se les podía ofrecer. De esa manera resistieron en estos mismos arenales que usted recorre ahora la avancha que el marxismo desbordó convencido de que en tales condiciones podría por fin arrollarnos. Heroicos muchachos los que tan generosamente se sacrificaron sin que en tan crítica situación pasara por ellos la idea de dejar de resistir. Algunos de los que llegaron al Hospital en tan lastimoso estado no murieron por las heridas que recibieron sino por la concunción que provocó la pelea en tan terribles como penosas condiciones.

Todo el campo en donde la lucha se desarrolló se extiende ante mi vista que lo domina hasta los últimos confines. Se trata de una masa volcánica, agresiva y odiosa por su esterilidad. Tierra, piedra y manchas negras que crecen entre las grietas: eso es todo lo que el ondulado panorama ofrece. Las lomas se suceden como una cordillera enana a simple vista; pero recordándolas sorprenden las barrancadas, los precipicios, las cuevas profundas, las cortaduras como a cuchillo, los senderos entreverados y ocultos que tientan a la emboscada, las hendiduras disimuladas, los riscos dominantes para el emplazamiento de las baterías.

Perfil del Día

Sigue triunfal el avance sobre Asturias. Se paran los golpes enemigos en otros frentes. La acción diplomática consigue hacer fracasar a los delegados rojos en Ginebra, y de contera, que el presidente de la Sociedad de Naciones invite al duque de Alba, delegado de la España nacional en aquella ciudad, a la fiesta oficial con que el organismo ginebrino pone fin a sus tareas.

Es bastante lo antedicho—¿verdad?—para subrayar la intensa actividad de nuestro Estado en lo militar como en lo civil. Y, sin embargo, pueden señalarse otras muestras sobresalientes del celo que aplica a todas sus múltiples atenciones.

Recientes están las órdenes de la Comisión de Cultura y Enseñanza, insertas en el «Boletín del Estado», poniendo la primera una escrupulosa depuración de las Bibliotecas públicas de todo orden para eliminar de ellas las publicaciones que por sus ideas antirreligiosas, antirpatrióticas y antisociales puedan resultar nocivas para el país; y la segunda, organizando una serie ordenada de lecciones en todas nuestras Universidades sobre literatura histórica y ciencia española, al objeto de contribuir así a la formación de la conciencia nacional.

Iniciativas ambas de indudable importancia y transcendencia. Y demostración palmaria de la vitalidad de nuestro Estado, que por medio de sus órganos respectivos, y siempre bajo la inspiración del Generalísimo, atiende a todo: a lo civil y a lo militar, al presente y al futuro, a cuanto importa a lo esencial y a lo accidentado de España.

Boletín Informativo

Noticias recibidas en este Cuartel General del Generalísimo hasta las veinte horas del día 23 de septiembre de 1937.—Segundo Año Triunfal.

EJERCITO DEL NORTE.—Frente de Asturias.—En el sector oriental, la niebla ha dificultado las operaciones, pero nuestras tropas, no obstante, han seguido progresando, habiéndose observado que los rojos han evacuado Onís.

En el sector occidental, tirofuegos y cañoneos.
Frente de León.—Se han rechazado contraataques enemigos en el alto de Peñalosa y la Terruca.

Nuestras tropas han ocupado Gellno, las alturas del Norte de Tabanedo, Robillazo, Peña Galicia y el Brusco.

EJERCITO DEL CENTRO.—Frente de Madrid.—Ligeros cañoneos.

Frente de Avila.—En el sector de Las Navas del Marqués, nuestras fuerzas han ocupado la posición enemiga del Carrillo.

FRENTE DE ARAGON.—En el sector de Sabiñanigo, el enemigo se infiltró entre alguna de nuestras posiciones, siendo rechazado y causándole numerosas bajas.

Se han presentado en nuestras líneas 19 milicianos.

FRENTE DE SORIA Y SOMOSERRA.—Sin novedad.

EJERCITO DEL SUR.—Sin novedades dignas de mención.

Salamanca, 23 de septiembre de 1937.—Segundo Año Triunfal. De orden de S. E. el Generalísimo, el general jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno,